



ÁLVARO DEL CASTAÑO
VILLANUEVA

¿El mejor de los tiempos?

El puente hacia
lo desconocido

LHG

ensayo

¿El mejor de los tiempos?

COLECCIÓN DE ENSAYO

La Huerta Grande

Álvaro del Castaño Villanueva

¿EL MEJOR DE LOS TIEMPOS?

El puente hacia lo desconocido



La
Huerta
Grande

2026

© De los textos: Álvaro del Castaño Villanueva

Madrid, febrero 2026

EDITA: La Huerta Grande Editorial

Serrano, 6. 28001 Madrid

www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-90-0

D. L.: M-15004-2025

Diseño cubierta: Editorial La Huerta Grande según idea original de Tresbien Comunicación

Imprime: Gracel Asociados, C. Valgrande, 15. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

ÍNDICE

¿EL MEJOR DE LOS TIEMPOS?

Prólogo de Nicolás Franco Cerame: La inteligencia es el instrumento del ser humano	13
Prólogo de Fernando Rodríguez Lafuente: En el centro del laberinto	17
1 El puente a lo desconocido	25
2 El final del Siglo XX y de la era globalizadora	31
3 Del imperio global a los poderes regionales	41
4 La Inteligencia Artificial (IA)	57
5 El debilitamiento de las democracias	71
6 El <i>Homo Deus</i>	83
7 Espiritualidad, IA y cambios políticos en el siglo XXI	93
8 <i>Quo vadimus, care munde?</i>	105
Bibliografía recomendada	121

*A mis hijos, Álvaro, Nicolás y Pepe,
y a Mateo, siempre presente.*

Este ensayo intenta demostrar que el futuro no se decide solo por la tecnología que inventamos, sino por la voluntad con la que la usamos y por la perspectiva espiritual con la que lo afrontamos. Viviréis tiempos de enorme oportunidad y profunda incertidumbre, donde pensar con capacidad crítica y actuar en consecuencia os definirá como seres humanos. Ojalá estas páginas os acompañen a haceros las preguntas correctas y a no perder de vista lo esencial.

Mateo nos enseñó que el sentido de la vida no se mide en tiempo, sino en significado.

«La mera formulación de un problema es muchas veces más importante que su solución, que puede ser meramente una cuestión de habilidad matemática o experimental. Plantear nuevas cuestiones, nuevas posibilidades, considerar viejos problemas desde un nuevo ángulo, todo ello requiere de una imaginación creadora y marca los progresos reales de la ciencia»

The Evolution of Physics, Albert Einstein y Leopold Infeld

«If we open a quarrel between past and present, we shall find that we have lost the future»

Winston Churchill en la Cámara de los Comunes (1940)

«La ciencia no sólo es compatible con la espiritualidad, sino que es una fuente de espiritualidad profunda. Cuando reconocemos nuestro lugar en una inmensidad de años luz y en el paso de las eras, cuando captamos la complicación, belleza y sutileza de la vida, la elevación de este sentimiento, la sensación combinada de regocijo y humildad es sin duda espiritual. Así son nuestras emociones en presencia del gran arte, la música o la literatura, o ante los actos de altruismo y valentía ejemplar como los de Mohandas Gandhi o Martin Luther King Jr. La idea de que la ciencia y la espiritualidad se excluyen mutuamente de algún modo presta un flaco favor a ambas»

El mundo y sus demonios, Carl Sagan

LA INTELIGENCIA ES EL INSTRUMENTO DEL SER HUMANO

Cuando era joven, recuerdo haber pasado horas observando a los animales. Mi fascinación no era la de un naturalista, sino la de alguien que intuía que en esa observación se escondía una pregunta fundamental: ¿qué nos hace diferentes? No era la fuerza, que claramente poseían muchos de ellos en mayor medida que nosotros. No era la velocidad. No era la resistencia. Era algo más inefable, más peligroso incluso: era la capacidad de preguntarse. Era la inteligencia.

A lo largo de la historia, hemos domesticado a los animales, hemos construido civilizaciones, hemos viajado a la luna, hemos escrito sinfonías que hacen llorar. Todo ello no porque tuviéramos garras más filosas o dientes más afilados, sino porque teníamos algo que ninguna otra especie posee en el grado en que nosotros lo hacemos: la capacidad de razonar, de reflexionar, de imaginar lo que no existe y de materializarlo. La inteligencia no es simplemente el procesamiento de información, es la capacidad de trascender

lo inmediato, de cuestionarse, de crear significado. Eso es lo que nos distingue.

Cuando Álvaro del Castaño me pidió que escribiera este prólogo, sabía que no podría eludir esta pregunta de fondo. Porque en los tiempos que vivimos, en plena revolución de la inteligencia artificial, esa cuestión que obsesionó a los filósofos desde la Antigüedad ha dejado de ser teórica para convertirse en algo urgente, casi desesperado. Si creamos máquinas capaces de pensar como nosotros, ¿qué nos queda? ¿Qué nos define entonces?

He llegado a una conclusión, después de reflexionar sobre los trabajos y las teorías más recientes en inteligencia artificial. Hoy por hoy, no poseemos modelos de razonamiento verdadero. Los sistemas que llamamos «inteligencia artificial» son extraordinarios en lo que hacen: procesan información a velocidades inimaginables, reconocen patrones, generan textos que parecen coherentes, toman decisiones basadas en datos. Pero les falta algo crucial: la comprensión genuina, la capacidad de razonar desde principios primeros, de hacer saltos creativos e inesperados que solo emergen cuando una mente reflexiona en libertad. La IA actual es formidable en la imitación, en la extrapolación, en la optimización. Pero el verdadero razonamiento —ese acto misterioso en el que el ser humano se cuestiona, duda, arriesga una idea que podría ser completamente equivocada pero que abre un nuevo camino— eso aún está fuera del alcance de cualquier máquina que hayamos construido.

Y sin embargo, esa ausencia no nos debe tranquilizar completamente. Porque la trayectoria es clara. Año tras año, vemos a estos sistemas acercarse más a capacidades que creíamos exclusivamente humanas. La pregunta no es si alcanzaremos una Inteligencia Artificial General (AGI), sino cuándo. Y aquí entra mi verdadera convicción: nos llevará mucho, mucho más tiempo de lo que los optimistas tecnológicos quisieran admitir. Décadas. Posiblemente siglos. Quizás yo no viviré para verlo. Ni probablemente tú tampoco, amigo lector.

Esa realidad, esa lentitud inherente a la verdadera inteligencia, es en cierto modo reconfortante. No porque nos evite el problema —porque el problema seguirá ahí, acechando, generación tras generación— sino porque nos da tiempo. Tiempo para reflexionar. Tiempo para prepararnos. Tiempo para decidir quiénes queremos ser en relación con las máquinas que construimos.

Álvaro del Castaño ha escrito un libro extraordinario que navega estos temas con rigor intelectual y, sobre todo, con una honestidad que es rara en estos días. Lee con atención, amigo lector, sus análisis sobre cómo los regímenes autocráticos se aprovechan de la tecnología, cómo la democracia se tambalea bajo el peso de sus propias contradicciones, cómo la IA podría amplificar nuestras peores tendencias. Lee cómo señala el peligro real de que una minoría tecnológicamente mejorada controle a la mayoría, creando una desigualdad sin precedentes.

Pero lo que más aprecio de este trabajo —y lo que quiero enfatizar en este prólogo— es que Álvaro

del Castaño tiene el coraje intelectual de plantear lo que muchos en el mundo tecnológico contemporáneo evitan decir: que sin espiritualidad, sin un sentido profundo de lo sagrado, sin reconocer que hay cosas en la vida que no pueden ser reducidas a eficiencia y datos, estaremos inevitablemente perdidos.

No hablo de religión en el sentido dogmático. Hablo de algo más amplio: de la capacidad humana de conectar con lo trascendente, de reconocer que nuestras vidas tienen un significado que va más allá de lo que podemos medir y cuantificar. En un mundo donde la IA puede predecir nuestras acciones, donde los algoritmos pueden manipular nuestros deseos, donde la tecnología amenaza con colonizar cada rincón de nuestra existencia, la espiritualidad no es un lujo. Es una necesidad.

La espiritualidad es lo que permite que un ser humano se levante por la mañana y encuentre significado en sus acciones, incluso cuando sabe que podría ser reemplazado por una máquina. Es lo que permitió a Víctor Frankl encontrar sentido incluso en los campos de concentración. Es lo que impulsa a los padres a sacrificarse por sus hijos, a los artistas a crear obras que nunca serán «eficientes» en términos económicos, a los científicos a perseguir la verdad sin importar si eso les llevará a la riqueza. Sin eso, sin esa dimensión espiritual que nos recuerda que somos más que cuerpos y mentes, que somos portadores de significado, corremos el riesgo de convertirnos en la propia máquina que hemos creado.